



## Documentos

### Intervención en el IV Congreso Ecuatoriano de Antropología y Arqueología<sup>1</sup>

*Speech at the IV Ecuadorian Congress of Anthropology and Archaeology*

Plutarco Cisneros Andrade  
pcisnerosa@uotavalo.edu.ec

Presidente y fundador, Instituto Otavaleño de Antropología (Otavalo-Ecuador)

#### Cita recomendada:

Cisneros Andrade, P. (2022). Intervención en el IV Congreso Ecuatoriano de Antropología y Arqueología. *Revista Sarance*, (48), 195-199. <https://doi.org/10.51306/ioasarance.048.09>

.....

*Señores miembros del Comité Organizador,  
Invitados,  
Participantes en el Congreso.*

Saludo y felicito a los organizadores de este Cuarto Congreso Ecuatoriano de Antropología y Arqueología que han tenido el acierto de realizarlo en tiempos de crisis para los estudios sociales.

Dos palabras permiten conceptualizar el quehacer individual y colectivo: *utopía y crisis*, las dos enlazadas en ciclos de permanente continuidad. Desde estas percepciones básicas, se tornan conceptos indisolubles, recíprocos y dependientes.

La dinámica de la cultura, hacer y expresión antropológica, va de la mano del ciclo vital del ser humano y de las sociedades que forman y, por lo

---

<sup>1</sup> Intervención realizada por Plutarco Cisneros Andrade, Presidente y Fundador del Instituto Otavaleño de Antropología, el 1 de diciembre de 2021 en el Acto Inaugural del IV Congreso Ecuatoriano de Antropología y Arqueología: *“Pensar en los humanos del pasado, del presente e imaginar el futuro”*, organizado por las carreras y posgrados de Antropología y Arqueología de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE), la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Ecuador), la Universidad Politécnica Salesiana (UPS), la Universidad San Francisco de Quito (USFQ), la Escuela Superior Politécnica del Litoral (ESPOL), el Centro de Investigaciones Antropológicas del Austro (CEIANA) y el Instituto Otavaleño de Antropología (IOA).

mismo, es un continuo nacer y morir simultáneamente. Cada nueva utopía y los sueños que genera, conlleva, de modo irrevocable, las futuras crisis que han de agotarla.

El IOA nació, sin duda, en tiempos de macro crisis que dieron paso a utopías.

Eran los años de la década de los sesenta. A nivel mundial, y en cada escenario regional o local, se percibían los coletazos de crisis políticas, religiosas, económicas y sociales. Los jóvenes que llegamos a esa década, nacimos bajo el manto de la barbarie, vivimos la crisis de los cambios, pero tuvimos también la entereza de nutrirnos con nuevas propuestas, utopías, y sus derivados sueños.

En nuestro país, vivimos esa crisis y la búsqueda de respuestas. Fernando Tinajero lo resumiría: “el movimiento cultural y político se articuló a partir de una general necesidad de cambio y giró en torno a dos postulados que parecían excluyentes: negar el pasado-recuperar el pasado”.

La concepción sobre la revolución que esperaban los jóvenes intelectuales en Quito, su acción parricida expresada en su revista *Pucuna*, y en sus recitales de poesía y manifiestos, no me motivaba con fuerza suficiente para incluirme en ese grupo. Los de Otavalo no éramos poetas ni escritores, pero compartíamos ideas con los jóvenes parricidas de los que, desde entonces, fuimos cordiales amigos.

Por otro lado, sentía que fuimos utilizados y la esperada revolución se diluyó con la vergüenza de oportunistas que montaron la farsa revolucionaria de las guerrillas del Toachi.

Creí que revolucionario y parricida podíamos serlo desde otras opciones. Me aventuré en la planificación de un espacio distinto. Así nació el Instituto Otavaleño de Antropología en acta de fundación fechada el 17 de agosto de 1966 y legalmente reconocido en mayo de 1967. Nacimos sin contar con el patrocinio de los intelectuales consagrados, rompiendo con la tradición paternalista desde la perspectiva indigenista e incursionamos en la aventura de vislumbrar un centro regional de investigaciones que trascendiera el horizonte comarcano. La utopía había echado raíces.

Para vislumbrar el alcance de este reto, vale recordar que seis años más tarde, en 1972, la Pontificia Universidad Católica de Quito, creó la carrera de

Antropología y, en 1976, se graduaron los primeros antropólogos con estudios universitarios realizados en el país.

Las utopías no necesariamente implican proyecciones de alcance universal; pueden y deben ser, también, la posibilidad de vislumbrar transformaciones y cambios en las estructuras regionales y locales. Deben ir de la mano de las irreverencias que opten por abrir nuevos caminos. De romper y cambiar pensamientos que los años y las realidades anclan y los tornan obsoletos.

En el curso de sus 55 años de vida, el IOA ha expresado en diversos foros y en sus publicaciones, una línea inalterable de compromiso con las tareas de la investigación y su correspondiente publicación. Ella no debe tener ningún limitante que no sea, por un lado, su carácter ético y, por otro, la rigurosidad científica con la que se lo realice. No puede, por lo mismo, estar subordinada a consignas o a disposiciones que la enclaustran.

El IOA ha planteado, en diferentes épocas, sus propuestas conceptuales y ha convocado para debatir sobre temas de fondo, cuando creyó necesario hacerlo, a miembros destacados de la comunidad nacional. En 1967, celebró la primera Convención nacional de quichuistas. En sus conclusiones y en la declaración final, se marcaron conceptos que años más tarde, debatidos, fueron recogidos en textos legales. Allí propusimos el tema de la *cultura plural* que implica el reconocimiento de la diversidad cultural; insistimos en la necesidad de una *educación bilingüe* “en los sectores que se hablen lenguas vernáculas y de la enseñanza del quichua en el resto del país”. Recomendamos a los medios de comunicación que “dediquen una parte de sus ediciones y emisiones a la difusión de las lenguas vernáculas”. Propusimos y recomendamos al Ministerio de Educación la organización del Instituto Lingüístico dedicado al cultivo, investigación, intensificación y propagación de las lenguas vernáculas; exhortamos a publicar textos legales como la Ley de Comunas y el Código de trabajo, entre otros, en ediciones bilingües.

En 1975, en la reunión de Antropología de los países del grupo andino, expusimos nuestros planteamientos teóricos en torno al tema de la investigación y apoyamos la creación del Instituto de Antropología Andina, con sede en La Paz, que debía tener en los países andinos sus respectivos Institutos Nacionales de Antropología.

Dos temas que hacen referencia a hechos actuales, fueron señalados entonces: “la investigación no debe ser realizada con carácter meramente

especulativo sino que ha de constituirse en elemento básico para el mejoramiento de las condiciones de vida de nuestros pueblos”, el uno; y “que los antropólogos están capacitados para aportar conocimiento destinados a promover la integración armónica de nuestros pueblos”, el otro.

En ese mismo año, 1975, el IOA propuso al Ministro de Educación la creación del Instituto Nacional de Antropología y, como paso previo, para que lo analice y luego lo avale, la creación permanente de un Consejo Nacional de Antropología en el que debían tener representación las universidades, las entidades académicas y los centros de investigación.

En 1978 convocamos al gran debate nacional sobre *Política Cultural*. Participaron los jóvenes intelectuales y políticos de esos años: Osvaldo Hurtado, Rodrigo Borja, Blasco Peñaherrera, que luego asumirían las funciones de Presidentes y Vicepresidente de la República, entre otros destacados panelistas. Los textos de sus intervenciones las publicamos en el No. 5 de nuestra revista *Sarance*<sup>2</sup>. Se crearon, primero, la Subsecretaría de Cultura y luego, el Ministerio de Cultura y Patrimonio. Pasamos de una oscura subsecretaría con secretaria, conserje, chofer y carro de segunda mano a un ministerio gordo, obeso que dedicó gran parte de sus esfuerzos a liquidar a la Casa de la Cultura Ecuatoriana y al propio sector cultural. Expedieron una Ley y un reglamento de cultura que deben ser derogados. Pero, en todo este trayecto olvidaron lo sustancial: generar una política cultural de alcance nacional y proyección temporal.

Impulsamos la investigación y publicación de la Colección Pendoneros que sumó 50 volúmenes. Fue grata tarea que la realizamos de modo directo con Segundo Moreno Yáñez. Ese trabajo que contó con el apoyo económico del Banco Central por el que recibió mil ejemplares de cada libro. Años más tarde, fue registrado por funcionarios de ese organismo como obra cuya propiedad intelectual le correspondía al ente bancario. Sumisos, agenciosos empleados de segundo nivel que, probablemente, pretendieron hacer méritos con el trabajo ajeno. Seguimos en el empeño de conseguir que las autoridades rectifiquen.

Tuvimos años de profunda crisis, pero los superamos con un nuevo sueño: crear la Universidad de Otavalo que se hizo realidad en diciembre de 2002.

En estos últimos años, hemos creado y publicado la Biblioteca Cincuentenario que alcanza a los 60 libros. Fue una nueva utopía que la

<sup>2</sup> Instituto Otavaleño de Antropología. (1977). *Revista Sarance*, (5). <https://revistasarance.ioaotavalo.com.ec/index.php/revistasarance/issue/view/10>

hicimos realidad. Pero los sueños no pueden dejar de fabricarse. Siempre hay nuevas tareas que emprender.

Rebasamos los cincuenta años de vida sin temor a decir lo que pensamos y a enorgullecernos del camino recorrido porque en ninguno de esos tramos aceptamos doblegarnos ni sobrevivir merced a componendas. Nos acompañó siempre el consejo de Becket a su Rey: “la única cosa inmoral es no hacer lo que se debe cuando se debe”.

No puedo concluir sin aplaudir la decisión de los organizadores del Congreso de rendir homenaje a tres ilustres ecuatorianos: Jorge Marcos, el Padre Botasso y el doctor Segundo Moreno Yáñez, que formó parte del IOA y contribuyó con su conocimiento a enriquecer sus trabajos y su permanencia institucional. Él siempre será un referente no solo por ser un sabio antropólogo sino por su inmensa calidad humana.

He tocado demasiado de cerca el caso del IOA no para ser autorreferencial, sino para destacar que, para superar las crisis, como la que actualmente atraviesan las ciencias sociales en el país, se las debe enfrentar con utopías que “recombinen la escasez del presente para sugerir la plenitud del futuro. Utopía que es imposibilidad fáctica pero también necesidad cultural, imperativo político, sueños para repensar el insomnio<sup>3</sup>”.

---

<sup>3</sup> Hopenhayn, M. (1988). Revalorizando la utopía frente a la crisis. *El sentido de la Utopía*. p. 15.